

TEMPLO HERMANA TERESA

TEMPLO HERMANA TERESA

PAZ PARA LAS ALMAS ENFERMAS
PARA LAS ALMAS QUE SUFREN

"Las Limitaciones"

17/05/2025

“Las Limitaciones”

Queridos hermanos y hermanas.

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió que dice mucho con poco:

“Dejemos de pensar en limitaciones y con Fe busquemos posibilidades”.

Y al decir “dejemos”, no se trata solo de una sugerencia amable, sino de una invitación urgente, un llamado a revisar nuestras creencias más profundas, esas que todos, en mayor o menor medida, hemos sostenido en los momentos más inciertos de nuestras vidas. Porque pensar en limitaciones nos paraliza, pero buscar posibilidades con Fe nos transforma.

En esta vida, desde pequeños, nos enseñan más lo que no podemos hacer que lo que sí podemos. Nos dicen “eso no es para vos”, “no te da la cabeza”, “eso es muy difícil”, “eso no es posible”, “ya estás grande para eso”, “eso no se puede en este país”, “eso no se consigue”. Esas frases se van filtrando, como gotas constantes sobre la piedra, y nos van convenciendo de que hay un techo invisible que no podemos atravesar. Y lo peor de todo es que empezamos a repetirlo, ya no solo nos lo dicen los demás, sino que lo decimos nosotros mismos.

Limitación no siempre es algo real; muchas veces es una percepción, una cárcel sin barrotes, una idea que se instala y a la que le damos poder. La verdadera limitación no es el obstáculo en sí, sino la forma en que decidimos enfrentarlo. Hay quienes ven una montaña y dicen “no puedo”, y hay quienes ven la misma montaña y dicen “hay una manera”. ¿Cuál es la diferencia? No siempre es la fuerza, ni el conocimiento, ni los recursos. Muchas veces es la Fe. Esa convicción profunda de que algo puede ser posible aunque todo a nuestro alrededor grite que no.

La Fe no es magia. No es un deseo que se cumple por arte de gracia. Es fuerza interior. Es compromiso. Es decisión. Es caminar sin ver el camino claro, pero convencidos de que ese camino existe. Es poner el alma por delante, incluso cuando la razón duda. Es confiar, incluso cuando no hay garantías. Es levantarse con esperanza, incluso cuando la noche anterior parecía interminable.

Pensemos un momento: ¿cuántas cosas se han logrado en la historia de la humanidad porque alguien decidió no dejarse vencer por la idea de “esto es imposible”? Cada avance, cada descubrimiento, cada transformación social o personal, comenzó en alguien que eligió no rendirse ante la limitación. A alguien que decidió buscar una posibilidad donde todos veían un final.

Nuestro pensamiento es la puerta por la que entran nuestras decisiones. Si pensamos en limitaciones, actuamos con miedo. Si

pensamos en posibilidades, actuamos con creatividad. Si pensamos en escasez, nos volvemos mezquinos. Si pensamos en Fe, nos volvemos generosos, amplios, capaces.

Pensar en limitaciones nos reduce. Nos hace quedarnos en lo seguro, en lo conocido, en lo que no exige demasiado de nosotros. Pero lo seguro muchas veces no es lo mejor, solo es lo más familiar. Y lo familiar no siempre nos hace bien. Porque lo que no nos desafía, tampoco nos hace crecer.

La vida tiene sentido cuando nos empuja a más. Y para llegar a más, tenemos que pensar más allá de lo que creemos que podemos. Por eso, este llamado a dejar de pensar en limitaciones es también un llamado a creer en algo más grande que nosotros mismos. Y ese algo más grande tiene muchos nombres: propósito, fuerza interior, Dios, destino, vocación, misión. Pero el camino que los une a todos es uno solo: la Fe.

La Fe no es ciega. La Fe ve donde otros no ven. Es ver con el alma cuando los ojos no alcanzan. Es decidirse por lo que todavía no está, pero que sentimos que puede estar. Y es también aceptar que no todo va a salir perfecto, pero igual vale la pena intentarlo.

La Fe es la llama que mantiene encendida nuestra esperanza cuando los vientos son fuertes. Es la semilla que sembramos aun cuando el suelo está seco, confiando en que lloverá. Es construir el barco en tierra firme porque sabemos que el mar vendrá.

Cuando dejamos de pensar en lo que nos falta y empezamos a confiar en lo que tenemos, algo cambia. Porque todos, incluso en nuestras peores circunstancias, tenemos algo. Talento, intuición, una mano amiga, una oportunidad escondida, una experiencia que nos marcó. Cuando dejamos de mirar el vacío y empezamos a ver el contenido, todo se transforma.

Y ese cambio de mirada no se da porque las circunstancias externas mejoran. Se da porque nuestra Fe mejora. Porque cuando cambiamos la manera de mirar, el mundo también cambia. Donde antes veíamos una puerta cerrada, ahora vemos una ventana. Donde antes veíamos una caída, ahora vemos una lección. Donde antes veíamos soledad, ahora sentimos presencia. Donde antes veíamos fracaso, ahora vemos crecimiento.

Permítannos contarles una historia sencilla pero profunda.

La historia de Omar, un hombre que vivía en un pequeño pueblo rodeado de campo. Omar era agricultor. Tenía una parcela heredada de su padre, un pedazo de tierra dura, difícil de trabajar, con un solo árbol en el medio: un árbol seco, sin hojas, que parecía más una sombra del pasado que algo útil para el futuro.

Cada vez que Omar araba la tierra, esquivaba el árbol. Algunos vecinos le decían: “¿Por qué no lo cortas? No sirve para nada, ocupa espacio”. Y él respondía siempre: “No sé, algo me dice que lo deje”.

Pasaron los años. Las cosechas eran escasas. El clima no ayudaba. Omar trabajaba duro, pero las ganancias no alcanzaban. Y en medio de todo eso, seguía el árbol seco ahí, como un recordatorio constante de que algo no florecía.

Una noche de tormenta, el pueblo sufrió una fuerte inundación. Muchos perdieron sus casas, sus animales, sus sembradíos. Omar también. Al amanecer, salió a ver los daños. Todo estaba cubierto de agua y barro... salvo un pequeño círculo de tierra firme donde estaba el árbol seco. Debajo de sus raíces, el terreno era más alto, más firme, y resistió el paso del agua.

Allí, en medio del desastre, Omar encontró refugio. Subido al árbol, pasó la noche con sus hijos. Y cuando el agua bajó, esa porción de tierra fue la primera en secarse. Fue la base para volver a empezar. El árbol que no servía para nada, fue su salvación.

Omar entendió entonces que a veces no vemos el sentido de algo hasta que el tiempo nos lo revela. Que lo que parecía una limitación —un árbol muerto en medio del campo— era en realidad una posibilidad oculta. Y que su Fe, esa pequeña intuición que lo hacía conservarlo, fue lo que cambió su destino.

Esa historia, como tantas otras, nos enseña que la Fe no siempre tiene lógica inmediata. Pero tiene dirección. Nos impulsa hacia adelante cuando todo parece estancado. Nos susurra “seguí” cuando la mente dice “pará”.

Si queremos realmente dejar de pensar en limitaciones, tenemos que comenzar por escucharnos. ¿Qué ideas tenemos instaladas que nos impiden avanzar? ¿Cuántas veces al día decimos “no puedo”? ¿Cuántas veces nos frenamos por miedo al fracaso? ¿Y cuántas otras decidimos no intentarlo porque “seguro no va a funcionar”?

Es momento de cambiar ese lenguaje. De reemplazar el “no puedo” por “¿cómo puedo?”. De cambiar el “no tengo” por “¿qué tengo que puede ayudarme?”. De pasar del “no soy capaz” al “puedo aprender, puedo crecer”. Porque si nuestra mente empieza a abrirse a las posibilidades, nuestras acciones también se abrirán.

Y junto con ese cambio mental, necesitamos alimentar nuestra Fe. Cuidarla como se cuida una planta: con paciencia, con esperanza, con constancia. ¿Cómo se alimenta la Fe? Con gratitud, con silencio interior, con comunidad, con propósito, con oración, si es que creemos, o con contemplación si no tenemos una Fe religiosa.

Y por sobre todo, la Fe se alimenta con acción. Porque la Fe no es cruzarse de brazos esperando que algo pase. La Fe es moverse aun cuando no se ve el resultado. Es construir aun cuando parece que nadie lo valora. Es sembrar amor, confianza y dedicación, aunque no haya garantías.

Dejemos de pensar en limitaciones. No porque no existan, sino

porque no deben ser lo que nos define. Que nuestra identidad no sea la de alguien que se rinde, sino la de alguien que insiste. Que nuestra historia no se escriba con “no se pudo”, sino con “lo intentamos con todo el alma”.

Y busquemos posibilidades con Fe. Porque cuando buscamos con Fe, encontramos caminos donde no los había. Cuando buscamos con Fe, descubrimos talentos que no sabíamos que teníamos. Cuando buscamos con Fe, nos damos cuenta de que no estamos solos, de que hay algo superior —Dios, la vida, el destino— que también se mueve cuando nosotros decidimos movernos.

No dejemos que las limitaciones hablen más fuerte que nuestros sueños. No dejemos que el miedo le gane a la esperanza. No dejemos que el “no” de otros apague nuestro “sí” interior.

La vida es un acto constante de Fe. Y la Fe es un acto constante de posibilidad.

Hermanos y hermanas la Hermana Teresa nos invita hoy a que cada vez que la mente nos diga “esto no se puede”, nuestra alma responda: “¿Y si aún no lo intentaste?” Y que esa pequeña chispa sea suficiente para encender el fuego del intento, del coraje y del cambio.

Porque al final del camino, no se trata de cuántas veces caímos, sino de cuántas veces elegimos volver a levantarnos. Y eso solo se logra cuando dejamos de pensar en limitaciones... y con Fe,

buscamos posibilidades.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

